

natural armoniza ineludiblemente con la naturaleza humana universal. La actividad religiosa del hombre, pues, en consonancia con su naturaleza social es considerada por él como actividad esencialmente social. Las sanciones religiosas, nacidas históricamente por necesidades sociales, refuerzan a los poderes puramente civiles en la función de conservar la sociedad tal como es, e igualmente la «benevolencia natural» hacia los hombres, que es la base de toda ética humana.

La existencia de una deidad es resultado de la lógica. El aceptó la prueba deísta de la existencia de Dios: «Hay un efecto, luego hay una causa».

Es de notar que Montesquieu ve la religión similarmente a toda otra actividad humana, dentro de un marco histórico. Dios, como la Justicia, como la Verdad y como la Belleza, tiene existencia real para él, pero tal existencia es una hipótesis razonable derivada de hechos de observación. Ante un universo ordenado hay que concluir que es creación de una Inteligencia razonable. Además, puesto que la experiencia de los sentidos varía, nuestro concepto de la divinidad y nuestras prácticas de culto también cambian. La religión posee prácticas peculiares y formalismos, según los medios sociales y, por tanto, no es de extrañar la repulsa de Montesquieu a toda misión. «Hay muchos inconvenientes en trasladar una religión de un país a otro».

Como la voluntad libre del hombre es para Montesquieu un hecho fundamental, no es sorprendente que insista en la libertad del hombre en sentido teológico y critique, consecuentemente, la doctrina de la predestinación. Toda predeterminación se corresponde con el despotismo político.

El hombre es una criatura imperfecta y sujeta a error. «Exactamente lo mismo que se corrompe el principio del gobierno, se corrompe también el de la religión». El hombre aparece definido al final del primer capítulo del *Esprit des lois* como «un ser físico, sujeto a leyes invariables, un ser inteligente y, por tanto, libre para actuar conforme a su voluntad, finito y sujeto a error, una criatura de pasiones, cuyos errores consiguientes son corregidos por la religión y la moralidad y, sobre todo, creado para vivir en sociedad».—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

MEEK (Ronald L.): *Malthus: Yesterday and Today*, en «Science and Society», vol. XVIII, núm. 1, invierno 1954 (págs. 21-51).

En 1798 apareció la primera edición del famoso *Essay on the principle of population, as it affects the future improvement of society*, del Reverendo Thomas Robert Malthus. Era un franco ataque a los que creían en «la perfectibilidad del hombre y de la sociedad». Según él, su «principio de la población» era «concluyente contra la perfectibilidad de la masa de la humanidad».

Su argumento fundamental era tan simple como sensacional, y es sobradamente conocido. La población, si no se toman medidas para impedirlo, crece en proporción geométrica; los medios de subsistencia aumentan sólo en proporción aritmética. Ahora bien, esta es una afirmación sin probar, porque, como apuntó Engels, Malthus ignora, entre otras cosas, el hecho de que «la ciencia avanza en proporción al cuerpo de conocimiento que le legan las generaciones precedentes, esto es, en condiciones normales crece también en progresión geométrica». La conclusión definitiva de la teoría malthusiana es que «el freno último de la población es el deseo de alimentos», y todos los demás posibles se reducen a éste.

La segunda edición del *Essay* se ocupó de la aplicación del principio de la población a la cuestión de la reforma dentro de la estructura social inglesa contemporánea del autor, y en particular a la cuestión de las Leyes de Pobres, a las que se opuso desde el principio. «Las Leyes de Pobres de Inglaterra —dijo— tienden a hacer descender la condición general del pobre», porque tienden a «incrementar la población sin incrementar las subsistencias». El «sistema de casas de trabajo» de la Inglaterra industrial, contra el que lucharon los Cartistas y los Webbs, fué uno de los primeros frutos de la teoría malthusiana de la población.

Aunque el Malthus del *Summary View* y las últimas ediciones del *Essay* fué más moderado y menos dogmático en sus conclusiones y pareció conceder más a sus contradictores que el de la primera, en esencia su teoría de la población perduró siempre como una apología de la condición de la gente trabajadora y un aviso contra todos los in-

tentos de mejorar la condición de la sociedad.

La obra de Karl Marx y Frederick Engels, dos de los más penetrantes críticos decimonónicos de Malthus, ha sido o incomprendida o totalmente ignorada por los que modernamente escriben sobre la teoría de la población. Para Marx y Engels, interesados por el descubrimiento de las leyes básicas del cambio social y en particular por la «ley del movimiento», específica de la sociedad burguesa, toda explicación de un fenómeno como el de la superpoblación bajo el capitalismo en términos de una «ley eterna» era lógico que apareciera como superficial e inadecuado.

La posición de Marx puede escuetamente resumirse en el siguiente párrafo del *Capital*: «La población trabajadora produce, juntamente con la acumulación de capital, los medios por los que se hace relativamente superflua y se convierte en una superpoblación relativa. Esta es una ley de población peculiar al modo capitalista de producción; y de hecho todo modo histórico específico de producción tiene sus propias leyes especiales de población, históricamente válidas sólo dentro de sus límites. Una ley abstracta de población existe solamente para las plantas y los animales, y sólo en la medida en que el hombre no se interfiere con ellos.»

En cuanto a la «ley de los rendimientos decrecientes», en la que «encontró Malthus el fundamento real para su teoría de la población», Marx siente hacia ella un insuperable desprecio, porque interviene, según él, un tercer elemento, la ciencia, que los economistas nunca consideran importante, y cuyo progreso es, por lo menos, tan ilimitado y tan rápido como el de la población. Al rechazar la ley de los rendimientos decrecientes, la ley malthusiana de la población queda sin base teórica aceptable.

El estado del problema de la población en nuestro tiempo es diferente en ciertos aspectos del coetáneo de Malthus y Marx. El capitalismo está ahora en su fase imperialista de desarrollo, y la ley de la población de Marx tendrá que ser completada y adaptada a las nuevas condiciones, antes de poder ser empleada con seguridad en el análisis de la situación presente. Marx y Engels insistirán actualmente en que el problema de la población del estadio imperialista de desarrollo del capitalismo

es, en su esencia, económico y político, y podría resolverse con la abolición del imperialismo. Si la humanidad es capaz de aumentar más rápidamente de lo que la sociedad burguesa moderna puede resistir, entonces, como dijo Engels, esta es para nosotros una razón más para declarar a esta sociedad burguesa como barrera al progreso y condenada a caer».

Hoy la teoría malthusiana raramente es presentada para explicar el fenómeno del paro cíclico dentro de un país determinado. Por lo menos en Inglaterra Keynes ha reemplazado exitosamente a Malthus en este campo particular. Se emplea más generalmente para explicar las dificultades económicas que la Europa Occidental ha venido experimentando desde el final de la primera guerra mundial. Los males económicos que aquejan al Occidente, se dice, no son sino resultados de la obra inexorable del principio malthusiano de la población. Esta tesis ha sido popularizada por diferentes autores, desde Keynes, en 1919, hasta William Vogt, en 1949. También se utiliza frecuentemente para explicar la pobreza y miseria que prevalecen en los países agrícolas, especialmente orientales.

Las obras de tres escritores neomalthusianos pueden ser consideradas como típicas; dos de ellos son ingleses, Sir Charles Darwin y el profesor A. V. Hill, y uno es americano, Mr. William Vogt. Todos sostienen en gran parte la misma tesis central, pero difieren en los detalles.

Sir Charles Darwin, en su libro *The Next Million Years*, afirma que por ahora y durante mucho tiempo el panorama del mundo será de pobreza, crueldad y miseria, con luchas más o menos constantes por causa de la disminución de los recursos naturales. «Puesto que en la condición normal del mundo habrá un margen de población al borde de la inanición —escribe Sir Charles—, es probable que tenga que haber una revisión de la doctrina de la santidad de la vida humana individual. ¿Es mejor el mundo por tener un gran número de gente sana muriéndose de hambre que por dejarlos morir de malaria?» Igual problema se plantea el profesor A. V. Hill en su *The Ethical Dilemma of Science*, donde dice: «Si los principios éticos nos niegan el derecho a obrar mal para obtener bien, ¿debe-

mos obrar el bien cuando su consecuencia previsible es un mal?»

El tercero de los neomalthusianos, Mr. William Vogt, está, como los anteriores, obsesionado por la inminencia de la catástrofe. «Jamás antes en la Historia —escribe en su *Road to Survival*— ha habido tantos cientos de miles de millones de personas al borde del precipicio», ya que hay demasiada gente en el mundo para que sus limitados recursos le puedan proporcionar un alto nivel de vida. También se plantea el «dilema ético de la ciencia», y es aún más brutal en la solución.

En general, pues, los neomalthusianos niegan toda posibilidad de resolución análoga a la que dió al problema de la población el siglo XIX mediante tres factores: el cultivo de tierras hasta entonces sin cultivar, la aplicación de nuevos descubrimientos científicos a la agricultura y la adopción de ciertos cambios importantes sociales y económicos. Sir Charles Darwin dice que «la época actual ha sido única porque en ella se han combinado las maravillas de la revolución científica con la rápida expansión de las razas blancas a vastas regiones casi deshabitadas... Parece improbable que condiciones similares puedan presentarse de nuevo en la Historia del mundo».—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

BRUNELLO (Bruno): *La concezione della democrazia in Hegel e Gioberti*, en «Humanitas», año VIII, núm. 7, julio 1953 (págs. 662-672).

Se trata en este artículo, más que de comparar las dos teorías, de estudiar la de Gioberti, ilustrándola con la comparación de Hegel. A juicio del autor, es en Gioberti donde puede encontrarse una concepción de la democracia capaz de subsistir o funcionar, mientras que el concepto hegeliano no es sino una de las tantas determinaciones de lo «racional».

La democracia está compuesta, para Gioberti, de dos elementos: la plebe y el ingenio. Esta composición exige la integración de todas las clases sociales: es como el cuerpo humano compuesto de varios miembros, pero todos ellos recorridos por la misma sangre y cubiertos por la misma piel. Teniendo esto en cuenta, hay que afirmar, con Gioberti, que la democracia representati-

va no necesita esencialmente la expresión de la voluntad popular por medio del sufragio, sino que sólo le es esencial que las leyes sean hechas por los elegidos de la nación y que puedan ser revocadas por ellos. Esta representación, claro está, no es nunca perfecta, como cosa humana, y admite corrupciones; por eso en su elección deben dejarse guiar las masas por «el ingenio». Brunello dice que en esto tiene la teoría de Gioberti alguna semejanza con la República de Platón, en la que debían gobernar los filósofos.

Hegel encuentra el principio democrático de expresión de la voluntad popular efectivamente valioso, pero teñido de un gran equívoco. Se habla de voluntad popular como la suma de las voluntades individuales, y esto es, sencillamente, para él, erróneo. Es la crítica que ya hizo a Rousseau. Para Hegel la voluntad general que se manifiesta en el Estado es la voluntad racional y sustancial.

Comparando las dos concepciones, encuentra el autor un elemento común a ambas: la racionalidad. Esta racionalidad se encuentra en la tesis giobertiana del ingenio. Sin embargo, dentro del terreno de lo concreto, Hegel y Gioberti se separan por el sentido que hacen jugar al elemento religioso dentro de la sociedad. El cristianismo, para Hegel, es uno de los estadios que incluye, desde luego, libertad, pero sólo de modo abstracto, que debería llegar a ser concreto. Para Gioberti, en cambio, la «razón» y la revelación son hermanas; la primera subordinada a la segunda, si se trata de lo suprainteligible.—MARÍA RIAZA.

SPIAZZI (Raimondo): *Principi fondamentali dell'ordine sociale nell'ultimo messaggio natalizio di S. S. Pio XII*, en «Humanitas», año VIII, número 3, marzo de 1953 (págs. 226-232).

El Sumo Pontífice, una vez más, se sitúa ante los graves problemas producidos por los actuales cambios sociales. Estos cambios, junto con las guerras, han repercutido en el mundo con toda suerte de miserias y sufrimientos. Para remediar la situación, la Iglesia se ve obligada a recordar los principios del Cristianismo a la altura de nuestro tiempo.